

se ve una preocupación nociva, aunque disculpable, y se descubre sólo un alma ingenua, un cerebro capaz de producir, unas ideas altruistas y un alma sentimental.

Al terminar estas líneas, llégame un nuevo libro de este joven escritor que confirma plenamente mis últimas palabras.

«Las ideas actuales» es un libro sólido, macizo: un libro-programa. Además de un anticipo de su novela «El apóstol», que ocupa la tercera parte del volumen, hay artículos sobre *El materialismo histórico*, *Sobre moral biológica*, *El hombre y la Naturaleza*, *Clemenceau*, *Zola*, *Barrés*, etc., etc. Los dos primeros capítulos están bien nutridos de llamadas y citas, por lo que deduzco—yo que no entiendo mucho de esos serios asuntos—que el autor es un erudito en la materia. Sin embargo, donde me parece que está su camino es en la novela.

De exterior duro, un poco irónico, Sáenz-Hayes es un muchacho simpático á poco que se le trate; franco, noble y de una voluntad de proa.

Bajo el tutelar busto de Emilio Zola, entre una verdadera selva de libros, este escritor argentino trabaja tesoneramente, lo que explica que nos anuncie un libro de críticas sobre Rodó, Lugones, Roberto Pairó, Ugarte, etc., etc, la novela *El apóstol* y *La familia Ramírez*.

De estas dos últimas obras me leyó largos capítulos y por ellos puedo afirmar que él llegará á ser, á poco que se empeñe (y él tiene sangre inglesa en las venas), el primer novelista de la Argentina.

CARLOS C. WIEDNER

Cuando se proyectó la revista *Papel y Tinta*, en Buenos Aires, Carlos Wiedner acababa de llegar de Valparaíso, donde estuviera al frente artístico del semanario *Sucesos*; acababa de llegar de la nación vecina cubierto de laureles y precedido de una justa fama como caricaturista, cuando se le habló de la nueva publicación que superaría á todas las existentes en material, presentación y tamaño. Debido no sé á qué, la revista quedó sin dibujantes á última hora, los días que faltaban para la aparición eran contados, el material todo estaba listo, sólo faltaba la cubierta, las páginas artísticas y las ilustraciones; así las cosas, hablaron con Wiedner, y él, robándole horas al sueño, salvó la situación, apareciendo la revista como debía aparecer para justificar su larga preparación y cumplir sus promesas.

Verdaderamente notables fueron las cubiertas debidas al pincel de Wiedner que aparecieron en *Papel y Tinta*, sobresaliendo la que representaba á un indio espantado al ver aparecer una locomotora bajo sus pies en un túnel abierto en plena roca.

Ha colaborado en el difunto *Pulgarcito*, en *Caras y Caretas* y otras notables publicaciones bonaerenses. Cuando me venía á Europa, Carlos Wiedner me habló de dos revistas en vías de realización: el *Tic-Tac*, de carácter informativo y político, y *El Sinapismo*, por el estilo del *¡Cu-Cut!*, catalán.

Carlos Wiedner no es sólo un trabajador infatigable, sino que es un artista completo, cualidades éstas rara vez hermanadas en una misma persona, pero que en este caso son perfectamente reales.

La acuarela y la pluma son sus lados fuertes, sobre todo la primera, que maneja con mucha soltura y seguridad, habiendo demostrado su verdadera maestría en una colección de medallones de celebridades que me mostró últimamente.

Como verdadero descendiente de alemanes, prefiere los asuntos filosóficos y, según me decía frecuentemente

en nuestros ratos de expansión espiritual, su mayor placer consistiría en interpretar el pensamiento de los autores para traducirlo fielmente en la portada de sus obras. Prepara una colección de caricaturas de autores nacionales y un cuadro al óleo que titulará «Pasado, Presente y Porvenir», cuyo asunto es inspiradísimo y delicado.

La factura artística de sus trabajos, aunque tiene un sello personalísimo, no ha conseguido llegar á la originalidad, originalidad que muchas veces, y en particular entre los dibujantes, no es más que un ardid para ocultar insuficiencias. De la caricatura tiene la más racional de las ideas y no cree, como muchos, que sea el arte pictórico maltratado con el objeto de satisfacer el extravariado gusto popular. En el colorido es enemigo de esos contrastes un tanto duros que el *affichismo* de moda preconiza.

Carlos Wiedner comenzó su carrera artística trabajando como litógrafo; contará ahora unos veinticinco años y es toda una promesa.

En medio del escandaloso proceder de los dibujantes que se han destacado un palmo en Buenos Aires á fuerza de copiar asuntos extranjeros adaptándolos al ambiente del país y aun copiando directamente las figuras, como muchas veces lo ha hecho uno de ellos, director artístico de una gran revista bonaerense, Carlos Wiedner se conserva honrado y propio, persiguiendo la perfección de su divino arte y no el lucro como único fin, cosa ya tan vulgar entre la intelectualidad de mi país.

A pesar de la indiferencia con que se le mira, indiferencia aparente cuyo origen está en la diferencia de miras y procedimiento, Carlos Wiedner ocupa uno de los lugares más prominentes entre los que manejan el lápiz en Buenos Aires.

Su juventud, su capacidad y su amor al arte dicen que triunfará; yo, que sólo confío en la sangre nueva, en los cerebros pletóricos y en los corazones buenos y grandes, creo que su triunfo alborea ya; sería un hecho, si en lugar de sangre sajona corriera por sus venas la volcánica lava de la raza latina.

ROBERTO RAMAUGE

Me habían hablado de un joven pintor argentino que padecía del mal de las alturas, y que por padecer de él, como un bálsamo, se creaba su paraíso ideal en las telas immaculadas; este pintor pinta nubes y se llama Roberto Ramaugé. A pesar de sus mil francos mensuales de pensión con que la bondad paterna le regala, su espíritu desordenado no puede dejar de rendir culto á la bohemia, un poco por verdadera alma, otro poco porque tiene veinte años, más porque vive en pleno Montmartre y aun más porque su casa es un lugar de cita para los modelos de todos los precios y los artistas de todos los valimientos que pululan en París.

Criollo á pesar de sus dos años de abandono espiritual en la ciudad-pulpo que todas las almas transtorna, deshace, mata y arroja al gran surco para abonar los sembradíos de la vida, le encontré en su taller pulsando las cuerdas de la legendaria guitarra para desdoblarse las notas y hacer surgir el *tango* argentino con todos sus estertores de lascivia semisalvaje.

En su afición, en su loco mareo por los vecinamientos celestes, vive en el último piso de una lujosa casa, en un lujoso departamento que jamás está del todo amueblado, pero donde las luces no dejan de alumbrar jamás. Cuando entré me mostró toda la casa, encendió todas las luces, desenfundó todos sus cuadros de nubes y me envolvió en un despilfarro de treinta y cinco telas nubladas.

Desde su terraza, á imitación de Claude Monet, pintó á la impresión de diez luces diferentes el popular salón de baile denominado *Moulin de la Galette* y otras tantas de la monumental iglesia del *Sacre Cœur*.

Las infatigables *gigolettes* tienen puesto de honor en las telas de Ramaugé, de las cuales vi una admirable de carácter y soltura como asimismo de trabajo.

No ha intentado nada todavía para conquistar á un público ó dárselo á su nombre, pero espera abrir una exposición en Buenos Aires para el año próximo.

De todos los artistas americanos que he tratado aquí, es, sin duda alguna, Ramaugé, el más trabajador de todos; nunca lo he encontrado de manos cruzadas, siempre, con sus modelos delante, se pasea desde la tela hasta una tarima para espiar una línea, descubrir un efecto de luz ó sorprender una tonalidad sobre las carnes frescas de las muchachas ó sobre el pergamino de los *bechios* que se ganan la vida posando para las academias; al final de la jornada, pues así se le puede llamar, nuestro joven artista está más rendido que un picapedrero y más sucio de carbonilla que un héroe de *Germinal*.

Me habló de una tela que había enviado á Buenos Aires: un paisaje de nubes; media cinco metros cuadrados, y supongo le habrá costado unas cuantas leguas de caminata, pues en una hora que copiaba un desnudo, hizo una infinidad de viajes desde el caballete hasta la anotada tarima, lo que equivalía á unos cuantos kilómetros de viaje en línea recta.

El conocido pintor catalán Anglada, que es su maestro, le augura un triunfo en el próximo Salón de Otoño, si, como hasta ahora, trabaja con empeño por la perfección de sus ensayos y es de creer que así sucederá, porque Ramaugé es un trabajador.

Su espíritu inquieto y sus aficiones, le han llevado á visitar las pirámides de Egipto, desde Túnez, á pie, á través del África del Norte.

Es completamente halagador el grupo de jóvenes hispanoamericanos que trabajan por el buen nombre del arte en este París tentador que á todo empuja menos á las tareas del intelecto, y es verdaderamente maravilloso el tesón que demuestran y los éxitos con que muchos han coronado sus vigiliadas y sus luchas en un ambiente que, sin ser hostil abiertamente, tiene miradas un tanto paternales y conmiseras para todo lo que venga de las tierras indias.

A la fecha, Ramaugé no es más que una buena promesa, de él depende el llegar á ser algo más que eso.

CARLOS SURIGUEZ Y ACHA

Cuando terminé de leer «En la pampa», tomo de seis cuentos en el que se describen con singular frescura varios aspectos de nuestra interesante vida campesina, sentí de veras que el libro sólo tuviera doscientas cincuenta páginas, tal era la buena impresión que me causara.

Yo ya sabía de la existencia de Carlos Suríguez y Acha por la aparición de algunos versos revolucionarios en el diario ácrata «La Protesta» de Buenos Aires y por haber leído algunos juicios en revistas de provincias sobre una novela en dos tomos «Despertar». Francamente, los versos que de Suríguez y Acha viera, me mal predispusieron para leer alguna otra cosa suya, hasta que aquí en París cayó en mis manos, por mediación de un buen amigo, la colección de cuentos criollos que bajo el título de «En la pampa» publicó la casa editora de N. Tommasi.

Según él mismo nos lo dice en este libro, ha hecho durante algunos años la vida del peón de estancia, teniendo por este motivo una hermosa y propicia ocasión de estudiar el alma múltiple del *gaucho*, la primitiva existencia de esos hombres que han quedado rezagados en la marcha de la civilización y que por eso conservan sus almas llenas de instinto y de inocencia.

En las páginas del libro que me ocupo, se ve la obra de un delicado y al mismo tiempo profundo psicólogo que aún no ha sabido armonizar estas cualidades con el fácil manejo del idioma; las escenas tienen una realidad y una fuerza evocativa enorme, los personajes tienen una vida propia dentro de la narración pintoresca é interesante, las costumbres, el lenguaje, la descripción del panorama, todo «se ve, se siente»; es la obra lógica del que ha vivido en ese medio.

No conozco otras producciones de Suríguez y Acha, pero de lo que he leído deduzco que hay en él materia suficiente para hacer un buen novelista á pesar de lo escabroso de su lenguaje, la inseguridad y la modestia

de su léxico; especialmente en la novela criolla, en la obra que refleje las costumbres nacionales, las leyendas gauchescas, creo que es donde este joven escritor rosarino dará la nota más sobresaliente.

No tema su pluma sacar partido de esos asuntos que han despreciado los «selectos», los que no saben explotar las minas de riqueza que hay en nuestro pasado y aún en nuestro presente; procure flexibilizar, enriquecer y profundizar su diccionario... con ésto y con sus dotes individuales espero ver en él á un triunfador más.

FERNAN FELIX DE AMADOR

Veintitrés años; cinco idiomas; tres partes del mundo recorridas; una sentimentalidad exquisita; un cerebro que es un corazón; en sus venas hierve la salvaje sangre querandí, brinca la aventurera ibérica y, sin embargo, las corrientes vitales no llevan al cerebro paisajes ebrios de sol, destellos de armas ni risas de cascabeles... *Esto es Fernán Félix de Amador.*

Cuando nos despedimos en el *boulevard*, me indicó:

—En el café estoy siempre; cuando quiera verme, ya sabe: donde verdee una copa de aperlado ajeno, allí estoy yo... donde estuvo Verlaine.

Cuando nos volvimos á ver, en su casa, me mostró *sus cosas queridas*; un retrato al lápiz de Lelian, un busto en barro de Lelian, poesías de Lelian, traducciones de Lelian... En la habitación danzaba el rostro sátiro del bardo enfermo. Sobre un grupo de libros raros, una estatuilla de bronce viejo, elevaba su figura exótica.—

Lo traje del Cairo—me dijo,—es un Osiris.—Y agregó satisfecho:—Tiene dos mil años.—Luego entramos en materia. En Buenos Aires publicó libros que no quiso nombrarme pero me leyó gustoso el que va á publicar ahora bajo el título de *El libro de horas* (1).

Amador es un poeta. Por suerte para él, no ha tomado en serio el papel de bardo incomprensible, pues no podía ocultar su risa irónica cuando daba lectura á alguna de esas rarezas poéticas á que son tan aficionados hoy en día muchos jóvenes. Es, sí, un enamorado de los tiempos idos, como Rubén Darío, de las cosas muertas, de los dioses fastuosos del Olimpo griego desterrados por el antiestético Cristo y su corte de chusma empurpurada, de los reyes gloriosos, de las princesas románticas, de los castillos misteriosos... Tiene el poder de la reencarnación y cuando canta, dijérase que es un poeta de la corte de Luis XV el que pulsa la lira

(1) Aparecido. Me ocupé de él extensamente en mi sección «Libros hispano-americanos» de la revista *Mundial*.

ó un errante trovador de los tiempos medioevales que recorrían los castillos enamorando á las ricas y presas castellanas, á una de las cuales canta dolorosamente pero con delicadeza artística tal, que no hace sentir por la bella y noble prisionera más que una lástima dulce y caritativa. Dice:

Fuiste la castellana impenetrable,
¡la triste castellana impenetrable!
que no vió de la vida más que el cuadro
de la ventana angosta de su torre,
por un largo crepúsculo de otoño ligeramente blanco
lleno de vagas formas que esperaban la noche
y al pie de tu ventana inaccesible,
¡tu gótica ventana inaccesible!
no hubo nunca laudes ni canciones,
que tu altísima sombra solitaria
fué desesperación de trovadores.

Como todos los enamorados de las pompas muertas, de las ruinas ancianas que se visten de hiedra avergonzadas para cubrir, como las mujeres coquetas, los destrozos del tiempo, lo ve todo á través de gasas dulcificadoras, armonizantes y aunque engañosas casi siempre, eternamente bellas; y como todos los descontentos de la dura realidad de la existencia presente, fluctúa filosóficamente entre las nieblas que desdibujan los contornos ásperos y unitonalizan las perspectivas demasiado llenas de luz y de color; por eso, interpretando su alma plena de beatitud, dice en *Es un viejo molino*:

En mi triste destino
soy triste y soy feliz,
he comprendido el fino
lenguaje de lo gris.

Y la melancolía, el medio tono del espíritu, el gris desteñido de la verde esperanza, también ha penetrado en su corazón eterno suspirante por un amor etéreo y que, más que desengañado, está rendido de esperar la visión de un sueño que entula su vida en toda plenitud con los crespones vaporosos que tiende un pasado poblado de fantasmas románticos.

En este soneto, dice bien:

Voy por el parque aquel en que solía,
Sabio de amor y de ilusión cargado
Decir el ritmo suave y compasado
De la serena y simple canción mía.
Era mi corazón huerto sellado
Donde al amor de un sol del mediodía,
La dulce primavera florecía
La verde niña y el rosal dorado.

¡Quién el sello rompió del bien guardado
Huerto interior do mi ilusión tenía?
¡Quién mis viñas y rosas ha segado?
¡En qué vientos se fué la canción mía?...
Suenan mi corazón en lo callado
Como una flauta de melancolía.

Lo mismo se nota en sus *Consejos á Fabio*, en uno de los cuales muchos verían un falso pesimismo, ese pesimismo de moda actualmente que tanto daña á la buena literatura; es, sí, un hastío que no se resigna, un hastío que quiere independizarse á toda fuerza de las cadenas con que el cansancio le atara. Véase sino:

Escucha el buen consejo, de tu hermano avisado:
Aparta del sendero donde la vida pasa
Y hallando en selva virgen un lugar apartado
Junto de un agua clara edifica tu casa.
Recoge tu pasado, tu hastío y tu dolor
Y haciendo un fuego grande baila en su derredor,
Vive solo y huraño como un oso salvaje
Sin otra compañía para tu ensueño, ¡oh Fabio!!
Que un sereno entusiasmo, un inmenso coraje
Y una flauta de caña para endulzar tu labio.

En su estilo, aunque se nota la preocupación de la originalidad, á pesar de innegables influencias hijas de la admiración, y lo más notable y peor, un afán imitador, hay enérgicos trazos personales, mucha soltura y libertad en la frase y verdaderas hermosuras de concepto; todo esto abrigado por felices aunque á veces un tanto enigmáticas figuras, auguran un nuevo poeta para la fecunda tierra de Mitre, Mármol y Lugones.

...¡ Junto á mí las anémicas legiones
delirantes de vida: yo predico
la religión que triunfa de los dioses!

y en *Toque de clarín*, donde describe una asamblea im-
provisada por el rebelde de la melenuda cabeza que
habla á las muchedumbres con voz cargada de tormen-
tas incitándola á proseguir la lucha por el ideal:

Amémosla ¡oh hermanos de miseria!
con un muy hondo anhelo, que resuma
todo el afán pujante de una raza
sedienta de verdad y de ventura.
Amémosla poniendo en sus destinos
la esperanza mejor, la más profunda;
y entre tanto, á luchar; que cada brazo
su gran misión libertadora cumpla!

Su apostolado, al cual, como él afirma, ha consagrado
su existencia, no le impide solazarse con sentimientos
más íntimos y dulces que hacen en su alma el rol de
una refrescante lluvia en un campo abrasado por los ra-
yos ardientes del gran astro, y es lástima grande que
no haya dado á la publicidad sus composiciones senti-
mentales, algunas de las cuales me leyó un día en su
pocilga bohemia evocando sus pasadas dichas á orillas
del nunca bien ponderado río Paraná, en cuyas riberas
correntinas vió la luz.

Recuerdo vagamente una de ellas en la que el bardo
canta las delicias de un paseo por el río con su amada,
mientras los sauces se esfumaban en la penumbra ro-
sada de una puesta de sol que teñía de púrpura el ho-
rizonte y punteaba de oro la exuberancia esmeraldina
de la vegetación; y otra, más viril, publicada en *Ger-
men*, en la que invitaba á la siesta á una amante llena
de vida y hermosura, para hacerla dormir en sus brazos
batalladores sobre el mullido y oloroso césped que es
como el vello de la madre tierra.

Su extrema bondad le hizo doblegable á extrañas in-
fluencias y, cuando junto con Maturana y Barcos, for-
mó la redacción de la revista *Letras*, de corta pero rui-
dosa vida, perdió energías en pugilatos periodísticos y
se desvió de la gloriosa senda poética que con gusto
le había visto seguir. Ensayó metros y formas, expurgó
sus versos de desplantes, intentó filosofar con rimas y
por fin naufragó cuando *Letras* dejó de aparecer. No
fué, empero, un fracasado; su pluma trabajó mucho
tiempo hasta que un drama íntimo en el que perdió á la
amada y el amigo, le hizo hundir en las sombras, qui-

MARIO CHILOTEGUI

En la portada de un opúsculo, *De hierro*, Mario Chi-
lotegui escribió este verso, como los antiguos grababan
sus máximas en los frontis de los templos:

Ven, hermano: alza la frente
toda llena de sudores,
que estos vientos redentores
la acaricien largamente;
beba tu labio en mi fuente
la frescura de la vida,
penetre tu alma sufrida
de mi alma el heroico intento
¡y te daré un pensamiento
curador de toda herida!

Esta es el alma lírica de este poeta argentino, casi
indígena, que á los veinte años abandonó las aulas para
correr á engrosar las huestes que combaten á la sombra
del rojo pabellón de los descontentos. En ella, como en
todas las almas llenas con el ideal acrático, vive un es-
píritu cristiano con todas las ansias del mártir y el
apóstol; sus versos lo prueban: en *De combate*, dice:

Yo sabré señalarte
la cumbre de la gloria que soñamos
donde pondrá su púrpura una aurora
hecha con tu dolor de proletario.
Y formaré en tus filas
para ser el mejor de tus aliados,
¡yo que soy todo impulso, todo fuego,
y pasión, y firmeza y entusiasmo!
Y seré de los tuyos
hasta rodar por tierra hecho pedazos,
como un valiente obrero de la vida
en aras del ideal sacrificado.

El apóstol, el pastor de las muchedumbres miserables
que sienten en el estómago el grillete del hambre que
las encadena, surge en *Del templo*:

zás para siempre. No sé lo que habrá sido de él después de aquel triste suceso, pero he oído decir que continuaba su interrumpida carrera de abogado. Las leyes, que él tanto combatiera, se vengarán de sus ataques arrebatando á las Musas un bardo generoso, lleno de vitalidad, con el corazón de un Cristo y el cerebro de un Bakounine. Quizás surja de nuevo, pero me temo que el poeta rebelde haya muerto para siempre.

En Buenos Aires, como en todas partes, vense muchos casos análogos al de Mario Chilotequi; espíritus selectos, cerebros bien nutridos y corazones grandes, sucumben en la lucha, víctimas de la vida al día; hermosos barcos de velas bien infladas por el viento del entusiasmo, pero sin ruta fijada, son juguete de las olas impías que no respetan magnitudes cuando bogan al azar y no llevan brújula á bordo.

Para bien de las letras hispanoamericanas, es de desearse el resurgimiento de este joven poeta que es una hermosa promesa para el porvenir.

JOSE SPERONI

La ciudad de La Plata, con el mismo culpable misterio con que oculta á un poeta como Almafuerte que según dice su crítico Mas y Pi, es quizás el mejor de la América latina, tiende también alrededor de Speroni, un pintor de alma, un velo opaco que impide ver el hermoso colorido de sus pinceladas.

Le conocí en una de mis frecuentes correrías de conferenciante y, aunque nos separaban diez años, nos unió sólidamente la misma edad de nuestros corazones, porque Speroni, á pesar de sus treinta largos, es más inocente y francote que un colegial campesino.

En su taller, una verdadera Babilonia de lienzos, dibujos, pasteles, óleos, esculturas, he pasado después muchas horas viendo como este pintor, mientras canta alegremente, embadurna telas que luego serán obras de arte. Su pincel, que tiene algo de la legendaria varita mágica, nervioso y obstinado, salta de la paleta después de revolverse en los colores, al lienzo immaculado de donde surge como las apariciones, primero confusa, luego más enérgica, una hermosa cabeza voluptuosa de ojos entornados por el placer ó un rostro innoble, vicioso, donde el crimen y la degradación se dan la mano ó también un paisaje sentimental en el que hay cielos de dolor y campiñas llorosas.

Empeñado últimamente en hacer algunos cuadros para el «Museo Nacional de La Plata» sobre asuntos indígenas, tenía el taller convertido en una verdadera galería de las Catacumbas, tal era la profusión de cráneos que adornaban las paredes, codéandose con esbozos de caballos enloquecidos é indios feroces.

Su colección de «Degenerados», compuesta de cinco ó seis lienzos, es seguramente lo mejor que ha creado su mágico pincel. Según propia confesión, esta serie fué inspirada en la obra de Máximo Gorki conocida bajo el título de «Los Ex-hombres». Hay allí borrachos de caras abotargadas, bestiales, que se sostienen de pie por un milagro de equilibrio; libertinos con caras de crápulas,

ojos hinchados y labios sensuales; vagabundos sonrientes, resignados, casi filósofos, pero con las huellas de una degeneración moral que les asoma al rostro.

Sus demás obras, vistas á la ligera, no consiguieron darme una impresión como para guiarme y formar un juicio sobre la modalidad de Speroni, pero bastan para ello la colección citada y la cantidad de dibujos que tiene distribuídos en revistas y periódicos bonaerenses.

José Speroni es, más que todo, un pintor impresionista, sin llegar por esto á la exageración del colorido que sabe manejar con verdadera maestría; sus obras carecen por completo de ciertos detalles que á veces son innecesarios; odia á los miniaturistas y, dado su temperamento, creo que no sería capaz de hacer un dibujo decorativo que valiera la pena; con cuatro pinceladas él pinta un paisaje y con algunas más hace una cara ó desarrolla un asunto.

En varios concursos ha obtenido premios y últimamente el gobierno le confió el retoque de varios cuadros históricos.

Speroni tiene un alma de artista antiguo; es bohemio, juerguista y apasionado; prefiere un andamio á un tablero de profesor y además es un ardiente defensor de la libertad, al servicio de la cual ha puesto su corazón y su cerebro.

MARIO CADIZ

También es hijo este dibujante del ya célebre café de «Los Inmortales». Por la calle Corrientes, en Buenos Aires, diariamente paseaba su melena rizada y su cara de efebo vicioso, exhibiéndose en las vitrinas del café con pose de aburrido aristócrata. Su lápiz no le producía más que para tabaco, hasta que un día, despidiéndose «á la francesa» de todos nosotros, se marchó á París atraído por el bulevar de Montmartre y las figuras caprichosas de las Mimis. En Buenos Aires no pudo triunfar porque tenía la nostalgia del aperlado cielo parisién y porque su carácter apocado enfrenaba sus energías, pero en la «Ville Lumière», donde encontró seguramente el pan de su espíritu, marcha con paso seguro en pos de la gloria ambicionada.

Cuando llegué á París fui á visitar á este desertor de nuestra familia, convencido de que habría perdido lastimosamente el tiempo en recorrer los bulevares y tomar apuntes que no pasarían jamás de tales, pero encontré á nuestro antiguo bohemio instalado en la *rue Vaugirard*, entre una verdadera tapicería de caricaturas. Cádiz trabajaba, pues, pero no había abandonado todavía esa funesta inclinación por todo lo *super-exquisito* y que lleva generalmente á la juventud intelectual hacia el desequilibrio que inútilmente se pretende envolver con las gasas de la originalidad. Por todo esto, la superficialidad femenina caracterizadora de la vida parisién, se había apoderado de su lápiz, que á pesar de ello ha hecho muchos progresos. Abandonó definitivamente el embrollo de líneas á lo Hoffman que en Buenos Aires parecía seguir, aunque con muy poco éxito, y adoptó, con carácter definitivo según propia confesión, la sencillez en moda, que en otra clase de trabajos pictóricos se acerca mucho al de los tiempos faraónicos. Sus dibujos actuales son la antítesis de los anteriores; hay en ellos ahora una discreta parquedad de líneas y una eliminación completa del detalle, muchas veces impertinente y confusionista; sabe caracterizar sus tipos

sin apelar á los atributos, pero noto en ellos cierta falta de personalidad que irá corrigiendo á medida que se perfeccione en el estudio psicológico.

En su *atelier* vi una serie de caricaturas de bohemios del *quartier*, en su mayoría sudamericanos y españoles, dibujados con pulcritud y espontaneidad; entre sus papeles, que anduve revolviendo, encontré dos apuntes de café trabajados con suma elegancia y soltura, aunque tal vez no con mucha sobriedad de detalles; eran ellos una mujer apoyada en su sombrilla y un émulo de Murger con las manos enfundadas en los bolsillos.

Tiene algunas escenas del *boulevard*, típicas de París, como *La dernière Chanson* publicada en *L'Argentine*, revistita de la colonia bonaerense, un *apache* regañando con su querida sobre una moneda que muestra en la palma de la mano con un gesto elocuentísimo y otras muchas de este carácter publicadas en *Le Rire*, *L'Indiscret* y *Frou, frou*.

En 1908 expuso entre los dibujantes humoristas del *Palais Royal*, dos trabajos de mérito y está preparando asuntos para este invierno con el objeto de hacer una exposición en regla el verano próximo.

Con muy buen criterio, ha dejado la pintura al óleo, pues comprende que por ese camino no llegará más que á ser una de las tantas mediocridades que pululan en todas partes sin destacarse un palmo de la vulgaridad y sirviendo más de una vez para burla de todos.

Cuando Cádiz se dé perfecta cuenta del rol que en la sociedad representa el caricaturista de espíritu elevado y miras nobles, con las cualidades intelectuales que posee, con dedicar más horas al estudio y menos tiempo al *boulevardiar*, conseguirá ocupar un puesto distinguido entre los dibujantes sudamericanos, pues le sobra talento, aunque no le pase lo mismo con la voluntad.

JORGE BERMUDEZ

Como he tenido oportunidad de decir ya, en Buenos Aires no es la única y exclusiva preocupación del pueblo la conquista del oro, y aunque la inmigración extranjera entre á la ciudad con esa inocente pretensión todavía, los nativos han ennoblecido sus aspiraciones, y aunque quizás en muchos casos no sea más que una apariencia hija del espíritu de imitación innato en todo lo que recién se desarrolla, es innegable la existencia de un grupo que verdaderamente siente sed de algo más elevado que el bienestar material.

La Escuela Nacional de Bellas Artes es una elocuente prueba de lo que dejo dicho, pues en medio de la inseguridad política que sufre la Argentina, es digno de notarse la ecuanimidad, buena disposición y nobles deseos que reinan en el seno del joven instituto bonaerense. Cada cuatro años se efectúa un concurso de pintura y escultura con el objeto de elegir cuatro becados que marchan á Europa á estudiar en condiciones excelentes para poder fortalecer el talento y crearse una posición sólida en el arte. Entre los victoriosos del último concurso de pintura, Jorge Bermúdez es el que quizás más promesas tiene; su cuadro «El visionario», que le dió el triunfo, prueba la verdadera solidez de su talento, pues además de la valentía puesta en la ejecución se ve una independencia artística admirable; el colorido, completamente caprichoso, donde sólo resaltan el verde y el azul sobre gamas de amarillo, es de un sorprendente efecto de carácter, y en cuanto á la figura, apartada por completo de las rigideces académicas que tanto mal hacen á la verdad y á la fantasía de lo que copia ó crea el artista.

Le conocí en París, en casa de un amigo que acostumbra convocar á los artistas americanos alrededor de una taza de té, y con la franqueza de nuestra juventud me invitó á su taller. Cuando le visité estaba preparando sus maletas para marcharse á Bretaña, el maravilloso

país que es fuente inagotable de inspiración, lleno de entusiasmo y con muchos deseos de trabajar.

Verdadera lucha me costó convencerle de que debía mostrarme sus trabajos, pues á todos mis más convincentes argumentos, él respondía invariablemente:

—¡Pero si son estudios! ¡Pero si son ensayos!

Por fin se decidió, é hizo desfilar ante mí una hermosa colección de cabezas, de cuerpos y de asuntos bien concluidos, que merecían otro nombre que el que su autor les daba. Entre todas las telas, un inconcluso «Arabe» que promete ser un interesante lienzo, una expresiva cabeza de española, una escena de la vida íntima de las mujeres galantes y otra de familia, me han convencido de que Bermúdez es un estudioso de talento que tiene una gran porvenir si no desmaya ó se extravía. El colorido de todas esas telas es verdaderamente bien observado, pudiendo decir que es el rasgo principal que se descubre en ellas, y que, quizás más adelante, sea lo que le personalice.

Acostumbrado á ver colecciones de *grandes cuadros*, en los talleres de los que recién se inician en el arte, me extrañó grandemente la ausencia de telas con complicados y más ó menos *filosóficos* asuntos, con bullicio de colores y algarabía de personajes, no encontrando más que estudios que habrían llegado á la categoría de verdaderas obras, debido á una benevolencia consigo mismo que tiene á veces el joven pintor.

En Buenos Aires ha expuesto en el conocido salón «Wirkomb», en «Estímulo de Bellas Artes» y en las organizadas por el grupo simpático de artistas argentinos denominado «Nexus», habiendo conseguido vender un buen número de telas.

En sus comienzos la gloria no fué avara para él. Con dos desnudos obtuvo dos primeros premios que fueron los peldaños con que comenzara su ascensión.

De los jóvenes pintores argentinos que han llegado á París con fines de estudio, es quizás Bermúdez el que más conciencia tiene de lo que debe hacer, y por eso, modesto estudiante, no piensa en los posibles compradores que le proporcionarán un momento de pereza; entregado está por completo á su labor perfeccionadora y no sueña con éxitos momentáneos en los salones parisenses.

Hablando de él con un pintor amigo mío que conocía algunas cosas de Bermúdez, me decía:

—Es un muchacho muy observador y muy estudioso; el colorido de sus telas es verdaderamente admirable por lo sincero, y en cuanto al dibujo, es de una perfección quizás demasiado cuidada; yo espero que más adelante,

cuando bastante convencido de su fortaleza se lance á pintar cuadros, tendrá una notable característica, porque hay en él un fondo de independencia que todavía no se revela en toda su amplitud á causa de una roncha académica difícil de curar en poco tiempo.

Como tengo la misma opinión de mi amigo, creo que Bermúdez es uno de los que pueden contar con un porvenir lisonjero, pues con su talento, sus aptitudes y su amor al arte y al trabajo, llegará á donde quiera.